

Los jóvenes de este inicio del tercer milenio¹

A decir la verdad, hubiera sido más exacto titular esta reflexión “jóvenes de finales de siglo”. De hecho, más que abrir ventanas sobre lo nuevo, nos detendremos especialmente sobre la herencia que nos dejó el siglo que acaba de terminar, aunque los jóvenes hayan vivido de ello sólo el último fragmento.

Para empezar, aclaramos que cuando hablamos de “mundo juvenil” nos referimos al lapso de tiempo que va de los 15 a los 25/30 años. La cuestión no radica tanto en delimitar los confines cronológicos del concepto de juventud —confines que se han vuelto bastante lábiles y que tienden a dilatarse—, cuanto en decir algo inteligente que pueda abarcar una gama de edades tan extensa. La velocidad del cambio, con todo lo que conlleva, torna casi impensable el recurso a categorías interpretativas que sean aplicables a un espacio de edades tan amplio.

Una primera tarea que sociólogos y, en general, los expertos en ciencias humanas tienen que encarar, es la de revisar los acercamientos, las categorías interpretativas y las referencias cronológicas para definir mejor los sujetos analizados.

En lo que atañe a mi actual condición de educador, hubiera preferido entrar en el nuevo milenio con una mayor conciencia de mis tareas, partiendo de una mejor comprensión de la realidad juvenil. Como sociólogo, no puedo resignarme a ver escapar de las manos una realidad que ninguna categoría logra ya representar de forma adecuada. Combinando las dos exigencias, no puedo no reconocer, al comienzo de este milenio, una creciente exigencia de atención y una renovada capacidad de acompañamiento educativo, a lo largo de un camino al que no le faltan incertidumbres, y a la vez sorprendentes novedades.

Lo que heredamos

¿Qué es lo que nos han enseñando las investigaciones de finales de los años noventa? ¿Qué imagen proyectan los jóvenes de sí mismos? Y los adultos, expertos o no, ¿qué idea tienen de los jóvenes? Sin tener la pretensión de dar una respuesta exhaustiva a estas preguntas, quisiera, sin embargo, llamar la atención acerca de dos orientaciones fundamentales que no se contraponen, sino que nos permiten adquirir elementos significativos de síntesis. Más que de dos orientaciones se tendría que hablar de dos grupos de temas que resultan de las investigaciones y que se prestan para diferentes interpretaciones.

Subjetividad discontinua y contradictoria

¿Cuándo se puede hablar hoy de “jóvenes”? ¿Cuándo es posible afirmar que un joven ha dejado atrás la adolescencia y ha entrado en el mundo de los adultos? ¿Existe una edad definida que identifica la juventud?

No se trata de un problema que atañe únicamente a los jóvenes. También en la sociedad el concepto de juventud se está transformando y los confines cronológicos de esta etapa se hacen cada vez más lábiles y amplios. Hay aspectos de la vida urbana que,

¹ Orlando V., “Giovani di inizio millennio”, en *Note di Pastorale Giovanile*, marzo 2000.

por ejemplo, en nombre de la moda, mezclan a adolescentes y adultos, padres e hijos que comparten símbolos y estilos de vida, formas de pensar y de viajar en busca de confort y funcionalidad. Se habla, para este propósito, de *juventud expandida*, una realidad que rebasa los confines, se infiltra transversalmente en cualquier estrado social, que es informal y transformista, pero a la vez homologada y encerrada².

Se trata de una situación en la que los jóvenes se encuentran a gusto, a la que han aprendido a adaptarse sin renunciar a las oportunidades que se les van presentando. Sin embargo, es una situación que produce incertidumbre y no es fácil saber hacia dónde se está yendo y qué escoger. Es, pues, una incertidumbre provocada por la pluralidad de opciones potencialmente disponibles y por la dificultad para valorizar actitudes y habilidades personales. Tal incertidumbre se le encuentra como tendencia consolidada también en relación con otras opciones.

El deseo de autonomía y las nuevas dependencias, son dos elementos contradictorios que caracterizan la experiencia de los jóvenes de hoy. Con el paso de los años aumenta cada vez más su deseo de autonomía, de independencia afectiva y económica. Por otro lado, desconcierta el número de jóvenes que a los treinta años viven todavía con su familia de origen. La razón inmediata pueda ser la falta de trabajo, la dificultad para encontrar una casa, etc. Con todo, no se puede explicar este fenómeno simplemente a partir de estas carencias. Se trata muchas veces de una opción de vida que alarga la permanencia de los jóvenes en el umbral de la edad adulta ya que ser adultos implica la asunción de responsabilidades, la renuncia al confort de la casa paterna, hacerse cargo de la vida de otros, etc.

Prevalece el individualismo, el repliegue sobre lo privado y una exaltación de la propia subjetividad. Todo esto puede llevar a encontrar una realización personal en el trabajo o en los afectos, pero también encierra sobre uno mismo e impide dar el brinco necesario para llegar a ser un adulto responsable. La actual situación juvenil está, por lo tanto, condicionada por la realidad socio-cultural y por un conjunto de limitaciones, de incertidumbres con respecto al futuro, de desconfianza en las instituciones y en la sociedad en general. Sin embargo, en lugar de provocar un deseo de cambio, una serie de protestas y reivindicaciones en campo social, empuja más bien a buscar soluciones individuales, a replegarse sobre uno mismo y a encontrar refugio en el "nido doméstico" que se caracteriza cada vez más por su tolerancia, la libertad de movimiento, una suficiente autonomía, una actitud de complicidad de los padres que no quieren perder a sus hijos.

El descubrimiento de estas actitudes ha motivado el surgir de afirmaciones como éstas: Estamos ante una generación que se rehúsa a crecer; que demora en los campos de la juventud, tal vez porque tiene miedo de entrar en la así llamada *vida*, y gusta de detenerse en un umbral que quizás nunca se abrirá. Todo esto se empalma con la incertidumbre acerca de la propia identidad: siempre preguntan cuál es su verdadero yo, pero no lo identifican con un determinado carácter, sino con un conjunto casi inagotable de posibilidades.

En efecto, la imagen que los adolescentes tienen de sí es a menudo contradictoria. Viven alimentando sueños, pero logran transformarlos en proyectos más en el mundo virtual que en el mundo real. Con todo, queda cierto que esta situación, para la mayoría de ellos, va cambiando en razón de la conciencia de la propia identidad y del tipo de relación que establezcan con sus padres. La dificultad para asumir responsabilidades es bastante común, sin embargo, varía según las condiciones de vida y las relaciones familiares. Los procesos que llevan a la formación de la identidad pueden ser favorecidos

² Cf. Giancola A., *La moda nel consumo giovanile. Strategie & Immaginari di fine millennio*, Franco Angeli, Milano, 1999.

por un ambiente de vida que les empuja hacia una mayor corresponsabilidad y ahí donde las relaciones entre padres e hijos no se caracterizan por demasiada camaradería. El estropeamiento de las relaciones puede debilitar la propuesta educadora, así como el exceso de tolerancia reduce la iniciativa y la audacia. Esto significa que en el proceso de crecimiento se deben ofrecer puntos firmes que sean eficaces para orientar a los adolescentes. La manera de vivir el tiempo libre es un signo que revela el modo de pensar y organizar la vida y, según las diferentes concepciones, es un lugar donde se pueden consolidar opciones y elecciones de vida.

El “pluriverso” de los jóvenes

Cada clave de lectura de la realidad juvenil es legítima y pone de manifiesto aspectos importantes que ayudan a juntar las teselas de un mosaico que queda, con todo, muy difícil de interpretar en su conjunto. Se puede mirar a los jóvenes partiendo de su contexto y de la realidad social global. En la actual sociedad compleja, se ha vuelto un tema común hablar de los jóvenes como de una realidad compleja y diferenciada, donde emerge con cada vez mayor claridad la radical individualidad de cada experiencia. Aun cuando se piensa evidenciar rasgos comunes, ya no se habla de “universo”, sino de “pluriverso” juvenil, porque las características de determinados grupos de jóvenes no pueden convertirse en teorías generalizadas. Es preciso reconocer la existencia de una pluralidad de mundos juveniles y procurar delimitar las características resaltan las diferencias.

Ciertamente, si miramos a los contextos sociales y ambientales, a las relaciones y procesos sociales, a las experiencias y posibilidades de vida de los jóvenes, con razón se tiene que pensar en una multiplicidad de mundos juveniles. A este respecto es muy sugerente el análisis sobre la realidad juvenil realizada por Pierpaolo Donati a finales de los años noventa. Para su propósito recupera dos conceptos importantes desde un punto de vista científico, y a la vez desecha dos prejuicios. Lo que importa de verdad es comprender la diferenciación entre los grupos juveniles, para evitar llegar a definiciones sin fundamento. Por eso, se tiene que reubicar a los jóvenes dentro de redes sociales que constituyen su mundo de relaciones cotidianas para ver cómo, a partir de éstas, se desenvuelve su vida, cómo llegan a sus opciones, orientan sus actitudes, dan consistencia a sus comportamientos. La realidad juvenil, por ende, tiene que ser vista como el conjunto de los procesos de crecimiento que se desarrollan a partir de las relaciones entre mundos juveniles, mundos de los adultos y de los coetáneos. De esa forma, la misma juventud debe ser interpretada como una relación social engendrada por la relación con otras generaciones. La atención se tiene que focalizar sobre la capacidad y calidad creadora de estas relaciones, a saber, si estas relaciones ayudan a los jóvenes a madurar, a ser adultos. Esto podrá producir en los jóvenes el sentirse engendrados; mientras sentirse capaces de engendrar significará poder programar y realizar su futuro en colaboración con las demás generaciones. En un contexto social poco homogéneo las relaciones jóvenes-adultos no son automáticamente generativas.

El “pluriverso” juvenil significa, en términos generacionales, saber captar las relaciones generativas entre el mundo de los adultos y el de sus hijos; significa, además, volver a centrar la atención sobre el tema de un *nuevo pacto generacional*, es decir, de un conjunto de derechos y deberes mutuos, sobre los cuales construir el futuro de los jóvenes y simultáneamente el de los adultos. Este nuevo pacto generacional puede ser restablecido solamente después de haber comprendido cuál es el tipo de ambiente socio-cultural en el que viven los jóvenes de hoy y cuáles son los problemas que de ello se desprenden.

En la sociedad actual el joven debe arreglársela, aun en sus opciones de vida, según el lema del “hazlo por ti solo”, sin contar sobre el papel propositivo y de guía de los adultos. No son pocos los adultos que, de hecho, han llegado a la convicción de tener que entregar a los jóvenes una sociedad que comparta la misma ética, que proponga ideales y valores comunes, sin dejar que cada uno escoja como mejor le parezca.

Éste es el punto de llegada de una generación de adultos que, habiendo vivido la ebriedad radical y la negación de toda referencia ideológica, vive actualmente una incertidumbre extrema acerca de sí misma y renuncia a tener responsabilidades hacia las nuevas generaciones. Esta regla, entregada a los jóvenes como la expresión de la máxima libertad, los hace en realidad sentir perdidos y desorientados como en un supermercado. Esta situación es la que le ha hecho concluir al sociólogo Donati que una tercera parte del actual mundo juvenil está orientado positivamente: son aquellos que gracias a su pertenencia religiosa, a la experiencia grupal, a las ofertas de proyectos, relaciones propositivas y estimulantes, etc., saben ubicarse ante el tiempo, reconocen que tienen un pasado y que pueden abrirse al futuro. Son jóvenes que encuentran un sentido en su compromiso con los demás, están abiertos a la solidaridad, no rehúsan el empeño y la responsabilidad. Los demás —afirma Donati— están bastante desorientados porque no encuentran a adultos capaces de proponerse como modelos significativos; no encuentran espacios donde experimentar relaciones abiertas a la solidaridad; se hallan, finalmente, en un desierto educativo que no puede facilitarles las opciones que los conducirían hacia la madurez; muchos viven sin capacidad alguna de relacionar el pasado con el futuro y agotan su experiencia en el presente que acaba por aumentar sus inseguridades y malestares.

¿Hacia dónde vamos?

Estamos entrando en el tercer milenio y debemos aprender a mirar con ojos nuevos a la misma realidad juvenil. Podríamos correr el riesgo de quedar atrapados en la búsqueda de categorías interpretativas que no son capaces de iluminar del todo las nuevas situaciones que viven los jóvenes. Es preciso aprender a dirigir nuestra atención hacia esta nueva realidad, tratar de conocerla y elaborar estrategias de acción. Quisiera que nos focalizáramos sobre dos aspectos de novedad, presentes en el mundo adolescente y juvenil, que considero importantes para comprender mejor su realidad y para buscar la justa perspectiva de conocimiento e intervención.

La generación electrónica

No podemos pasar por alto el hecho que los jóvenes actuales han crecido manejando controles remotos, videos, CD-Rom, etc. Han pasado horas entretenidos con los videojuegos, experimentando programas de computadora, aventurándose en el *web*, en busca de encantados mundos virtuales, llevados por el anhelo de entablar nuevas relaciones. Convertidos en expertos telemáticos y multimediales, han encontrado nuevos espacios de experiencia, nuevas fuentes de conocimientos, centros de intereses diversificados, nuevas satisfacciones, nuevas metas y soñado proyectos en los ámbitos más variados.

Nos encontramos ante una identidad de *cibernautas* por descubrir tanto en sus características específicas, como en los condicionamientos que se pueden producir. De un lado el navegante es estimulado para que se convierta en protagonista, que desarrolle su capacidad interactiva y relacional, aunque todo esto se juegue en el mundo virtual. Mientras tanto, se potencian las capacidades para manejar estas nuevas tecnologías, el

dominio del lenguaje multimedial y, a la vez, se desarrollan modernas profesiones que responden a las nuevas necesidades de comunicación y administración, de mercado y sistemas productivos, etc.

Si tenemos en cuenta que todo esto, aunque de manera distinta, se refiere a los adolescentes y jóvenes, los interrogantes que surgen son muchos y de diferente naturaleza. ¿Cómo discriminar entre las generaciones a partir de Internet? ¿Cómo valorar la relación entre las generaciones? ¿Qué tipo de generación puede producir Internet?

Y los interrogantes no se reducen a esta perspectiva. Si bien es cierto que la computadora e Internet se difunden cada vez más, quedan, sin embargo, privilegio de una élite reducida. ¿Se ha convertido su uso en un nuevo factor de diferenciación entre coetáneos, como ha sucedido entre sectores sociales o naciones enteras? ¿Existen, entonces, nuevas agregaciones que toman consistencia a partir del *web*?

Todas estas realidades constituyen el nuevo horizonte de los jóvenes y deben ser analizadas para valorar mejor el aporte y la incidencia de la tecnología y de los instrumentos a disposición, sobre la identidad de los adolescentes y jóvenes, para comprender mejor cómo la actual experiencia de vida y de relaciones adquieren rasgos específicos; para evaluar juntos cuáles son las novedades que nos esperan y hacia cuál futuro están encaminados los jóvenes.

La "globalización" juvenil

Hay que tomar en cuenta también otro aspecto, partiendo ahora de las nuevas tendencias sociales, culturales y económicas. La generación de la electrónica vive una dimensión temporal, espacial y relacional que la coloca en un proceso de globalización. El universo/pluriverso juvenil tiene su espacio natural en la aldea global. Aunque vivan en contextos muy distantes geográficamente, las afinidades se multiplican. Las manifestaciones y los nuevos areópagos tienen rasgos sobrenacionales. Esto lo podemos observar fácilmente en la música, la moda, el deporte, las fiestas y las nuevas formas de agregación y voluntariado. Las mega fiestas juveniles dan muestra de una vida que no se rinde, que busca referencias, que sabe congregarse al rededor de algo o de alguien. La protesta contra la globalización deja entrever la conciencia de los riesgos a los que se expone el mundo globalizado.

Se trata de captar los pequeños signos, tanto positivos como negativos, que están presentes en los nuevos areópagos juveniles; de prestar más atención a los motivos de su protesta para salvaguardar los derechos humanos tanto de los individuos como de los pueblos, para ayudarles a ser protagonistas en la realización de una convivencia humana más justa.

Conclusión

Sólo indiqué dos perspectivas de atención para comprender a los jóvenes del nuevo milenio. Éstas merecerían una mayor profundización de sus características, de las implicaciones y de la posibilidad que tienen de ofrecer nuevos espacios donde encontrar a los jóvenes, conocer sus intereses, percibir sus necesidades, reconciliarse con su sensibilidad. Estas dos perspectivas deben ser mantenidas unidas y hacerlas interactuar para llegar a un conocimiento que no se limite a ámbitos que son insuficientes para revelar plenamente la realidad juvenil y abrir caminos a nuevas propuestas.